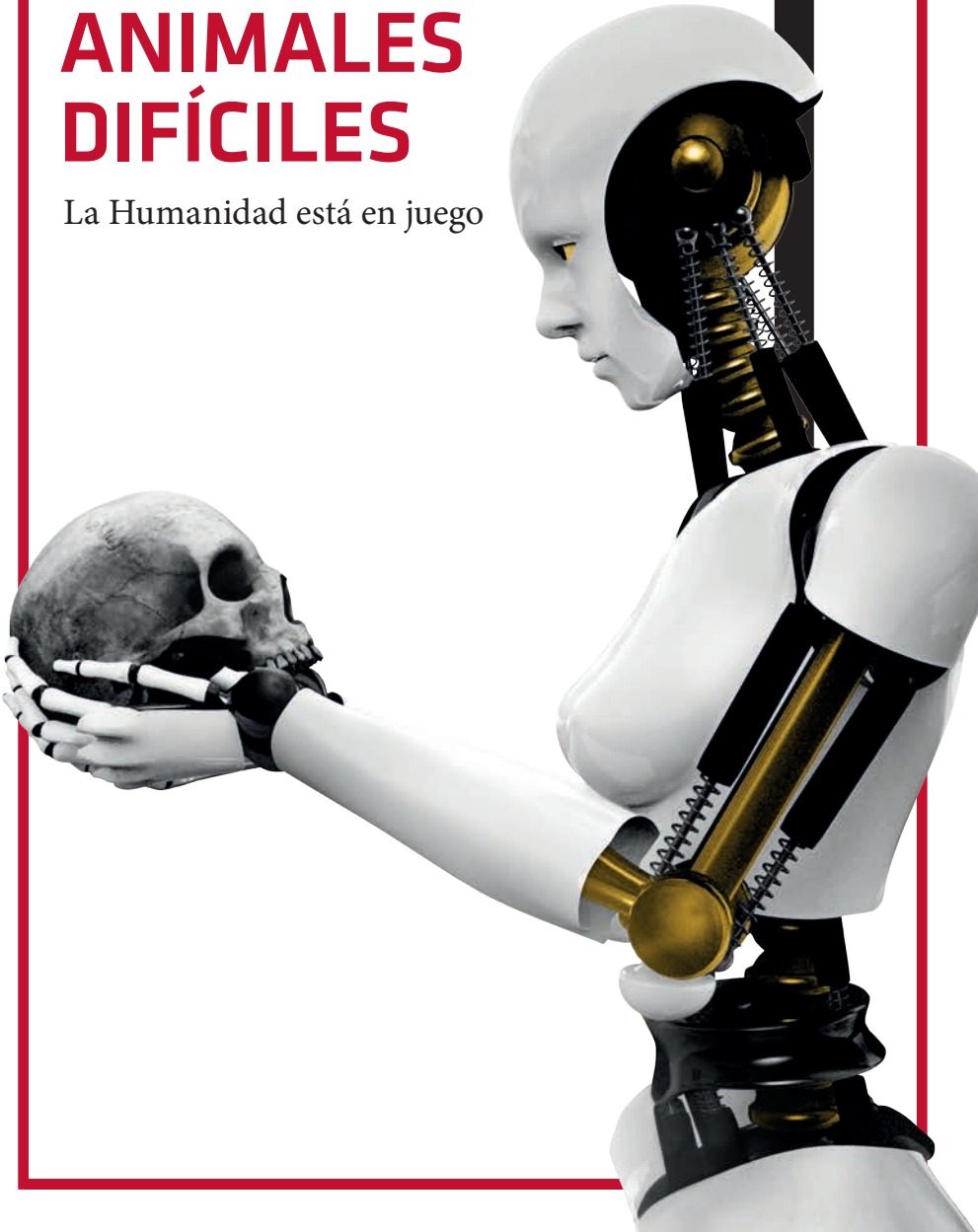




ROSA MONTERO

ANIMALES DIFÍCILES

La Humanidad está en juego





Seix Barral Biblioteca furtiva

Rosa Montero
Animales difíciles

© Rosa Montero, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-322-4425-4

Depósito legal: B. 21.457-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

MADRID, 22 DE ENERO DE 2111

«O todos o ninguno.»

Había comprado la pancarta holográfica en SieSie, la mayor tienda virtual del planeta. La había adquirido en un teclado público y pagado con una tarjeta de crédito desechable, y además había hecho que el robot se la llevara al tercer banco de la izquierda del parque-pulmón del Retiro, contando a partir de la entrada por la puerta de Granada.

NO-SOY-IDIOTA, se dijo, satisfecho. Era un pensamiento con mayúsculas incluso dentro de su cabeza. NO-SOY-IDIOTA. Aunque Máster lo tratara con ese desdén tan irritante, él no era ningún idiota. Mira qué bien se las había arreglado para ocultar su rastro. Incluso tuvo la brillante idea de pegar un chicle sobre la cámara del teclado para que no pudieran tomar su imagen. SOY-UN-PUTO-

GENIO. Y ahora estaba aquí, a punto de asaltar el almacén de flops, y todo iba a salir de maravilla.

DE-MARAVILLA, volvió a gritarse dentro de la cabeza poniendo muchas mayúsculas, porque el corazón le marchaba demasiado deprisa. Estaba pegado a la pared, en una calle de un polígono industrial en las afueras de Madrid. Eran las cinco de la mañana, la hora más pequeña, el momento menos habitado del día, cuando toda la gente duerme e incluso los más madrugadores apenas se están despertando. Eso lo sabía de su época de ratero. Bueno, de su vida de ratero, que ahora quería dejar atrás para subir un escalón en la carrera de la delincuencia. Buscarse un jefe poderoso era el primer paso. Y Máster era poderoso, de eso no cabía la menor duda. Que lo tratara a patadas era una muestra de ello. Ya le haría cambiar de opinión con sus buenos servicios. Este era el primero y lo iba a dejar niquelado.

Se asomó por el filo de la esquina. Solo un ojo, un momento, para otear la puerta del almacén. Una garita con un guardia, como Máster le dijo. Y la típica barrera electrónica en la entrada de coches. Que hubiera un guardia físico era una prueba de la importancia del sitio. Suspiró muy quedo, empujado en sudor frío y con el cuerpo agarrotado por el miedo. Oh, lo que daría por meterse una *azul*, pero no tenía y además sabía que no debía colocarse. Bueno, no importaba. Ya lo festejaría luego. Venga, se dijo. Puedes hacerlo.

Abrió la mochila con dedos torpes y sacó la capa de invisibilidad. Otra prueba del poderío de Máster. Le temblaban tanto las manos que le costó bastante desplegar la prenda, que estaba ingeniosamente doblada sobre sí misma hasta formar una especie de pequeño ladrillo. Abierta, era como un chubasquero de plástico transparente, solo que tenía guantes y la capucha cubría también la cara. Es decir, era como un saco en el que había que meter la cabeza. Eso hizo con cierto recelo, porque la idea le agobiaba. Pero allí dentro se respiraba bien. Así que terminó de ponerse la prenda y... DESAPARECIÓ. ¿Cómo era posible? Se buscaba las manos y no estaban, los brazos, las piernas, el cuerpo. Miraba hacia abajo y solo veía el aire, la acera. Bueno, si se movía un poco, a ratos veía sus pies, calzados con trotonas. ¿Cuánto podía costar esa maravilla? Tecnología carísima que solo usaban los ejércitos. Lo que hubiera dado él por haber tenido algo así en el *pozo*. Cómo lo habrían envidiado los demás. ¡Hubiera sido el puto amo! Así sí que se podía delinquir con seguridad. El mundo, se dijo una vez más, era un lugar de mierda. No ganaba el más valiente ni el que se esforzaba más, sino el que tenía más dinero y más medios. Pero él conseguiría ambas cosas, desde luego. Él iba a llegar a lo más alto. Espera, mundo, que voy. Espera, Máster.

Se sintió tan poderoso que hasta dejó de temblar. La capa había sido mejor que una pastilla.

Llenó de aire los pulmones, echó los hombros atrás, levantó la barbilla, dio un par de zancadas y salió de la protección de la esquina. Se quedó quieto en mitad de la calle. La cabeza del guardia, a unos cien metros de él, no se había movido dentro de la garita. Avanzó cuatro pasos. Nada. Caminó sobre la silenciosa suela de espuma de las trotonas sin hacer ruido hasta estar a diez metros de la puerta, y el guardia ni se inmutó. Era una maldita rep de combate. Esos monstruos que les quitaban el trabajo a los humanos. Dio tres saltos y se pegó al cristal de la garita. Ja. Qué díver. La rep siguió a lo suyo, verificando niveles, ignorante de que tenía a una persona ante sus narices. Qué tentación de repiquetear con una uña en el cristal blindado, a ver qué cara ponía. Pero no, nada de juegos; era su primer encargo para Máster y tenía que estar a la altura.

Se volvió a contemplar la barrera de la entrada. Era una pared electrónica de unos dos metros y medio de ancho por otros dos y medio de alto. Máster le había dicho que, con la capa, bastaba con atravesarla caminando. Que el material conseguía la invisibilidad doblando la luz que caía sobre un objeto y que eso funcionaba también con el barrido electrónico, devolvía los haces a los sensores y así la puerta creía que el barrido no se había cortado. Esperaba que tuviera razón, porque las barreras emitían una descarga eléctrica cuando se traspasaban ilegalmente. Una descarga muy dolo-

rosa, como él había tenido la desgracia de comprobar una vez. Aún le quedaba una marca en un pie de la quemadura. Observó la cortina luminosa con cierto repelús y tragó saliva. Pero ya se sabía que para lograr el éxito había que arriesgarse. ¡VAMOS!, volvió a jalearse dentro de su cabeza. Y metió la pierna derecha en la pared verdosa y parpadeante.

No pasó nada.

Tuvo que reprimir las ganas de ponerse a saltar y aplaudir y chillar de gozo. ¡Qué grande, la capa! Movi6 la otra pierna dando una zancada y atraves6 limpiamente la barrera sin que la rep advirtiera su intrusi6n. Ahora estaba dentro, dentro del muro que rodeaba el almac6n. El edificio se encontraba cerrado, pero la rampa del garaje era accesible. Comenz6 a bajar por ella a toda prisa recordando las instrucciones de M6ster: planta menos uno, ah6 torcer a la derecha, y al fondo encontrar6 el muelle de carga.

Cierto. Enseguida vio la plataforma, flanqueada por media docena de robots en reposo. Se acerc6 a la puerta met6lica, masiva y oscura a la d6bil luz de las l6mparas de emergencia (los sensores que deber6an haber iluminado el garaje tampoco parec6an funcionar con la capa, por fortuna), y busc6 entre las sombras la cerradura. Era cuadrada, blindada, de seguridad. Sac6 de su mochila el otro tesoro que le hab6a prestado M6ster: una bola de color blanquecino, opaca, algo m6s peque6a que su pu6o. Estaba confeccionada con tactyl, esa

silicona tan agradable de tocar con la que se construían los romigos, los robots simpáticos. Bastó con acercar la bola a la cerradura para que se adhiriera a ella y empezara a transformarse, como si el tactyl se derritiera y se distribuyera sobre el cierre hasta cubrir de manera uniforme toda la superficie. Entonces se escuchó un pitido electrónico y después el siseo mecánico del portón al correrse. La silicona se desprendió, cayó al suelo y recuperó la forma esférica. Otro juguete formidable. Guardó con cuidado la bola en la mochila y entró en el almacén. Estaba en un muelle de carga gemelo, la misma plataforma, parecidos robots durmiendo. Cruzó el espacio iluminado por la tenue y anaranjada luz de emergencia, abrió una puerta, atravesó un pasillo de apenas dos metros, abrió otra puerta y, OH, POR TODOS LOS JODIDOS SINTIENTES, QUÉ PASADA.

El almacén era enorme, mucho más grande de lo que parecía desde el exterior. La altura de los techos, que se adivinaban muy arriba, más allá de una zona de apretada oscuridad, contribuía a dar esa sensación de vastedad. Desde ese cielo invisible bajaba un bosque de tubos metálicos, muy rectos y alineados, brillando con oscuros destellos cobrizos entre las sombras. Cerca ya del suelo, al nivel de la cara de un humano, los conductos se hinchaban para albergar una ampolla de cristal, en una burbuja transparente como de un metro de altura y algo menos de anchura. El tanque estaba

lleno de un líquido amarillento y fulgurante. De hecho, toda la iluminación del almacén venía de ahí, de la luz que irradiaba esa especie de sopa. Y en medio del depósito, flotando en el agua repugnante, había un cerebro. Es decir, había cientos de cerebros, cada uno nadando en su tanque como la yema en la clara de un huevo. Era la primera vez que los veía, pero no le quedó ninguna duda de que esas cosas eran los malditos flops.

Paseó entre las filas de los iluminados y turbios receptáculos un poco asqueado, aunque no podía apartar la mirada de los órganos. Eran viscosos, de un inesperado color rosa, y brillaban como si estuvieran caramelizados. Delgadísimos cables, tan finos que al principio no los había visto, unían esa masa asquerosa con la tapa del tanque. ¿Cómo era el nombre oficial? ¡Kéfalos! Eso, kéfalos, una palabra de una de esas lenguas muy muertas y muy antiguas que usaban los ricos para quedar por encima de la gente. Pero todo el mundo los llamaba flops. Cerebros humanos conectados a ordenadores cuánticos. Una forma de inmortalidad que a él no le atraía lo más mínimo. Claro que había leyes muy estrictas y solo podían ser flops las personas con enfermedades terminales y cosas así. Si te ibas a morir de todas todas, a lo mejor hasta podías planteártelo. Pero eso era lo que Máster quería cambiar: quería que todo el mundo pudiera flopearse cuando le diera la gana. ¿Por qué? Pues ni idea. Él no entendía que a alguien le pu-

diera apetecer pasarse la eternidad sin cuerpo y sin nada, sin ver ni oler ni nada, metido en una olla de cristal. Pero allá Máster con sus malos rollos. Cuando él fuera Máster ya dedicaría su poder a otras cosas.

¡Las seis menos cuarto! Había que apresurarse: a las siete y media entraba el primer turno. Miró alrededor buscando la consola de mandos que le habían dicho y le pareció ver parpadear unas luces rojas a lo lejos. Cruzó el hangar a paso vivo entre las hileras de cerebros. De primeras parecían iguales, pero luego se advertían ciertas diferencias: en tamaño, en tonalidad. ¿Cómo habrían sido sus caras, sus vidas? Gente rica, eso desde luego; además de las restricciones legales, flopearse era muy caro. Por no hablar del mantenimiento. A saber cuántísimos ges tendrían que pagar al mes por estar en esa sopa. No tenía ni idea, pero seguro que era más de lo que él había reunido en toda su vida.

La consola parecía engañosamente fácil, con un teclado más o menos simple, aparte de unos pocos signos raros, y dos bolas de navegación. Pero luego las más sencillas eran siempre las más complicadas: los ordenadores cuánticos eran un fastidio. Por fortuna, él no tenía que hacer nada. Sacó la pelota de tactyl y estaba a punto de colocarla sobre la consola cuando recordó UYYYYY, POR QUÉ POCO que antes tenía que desplegar la pancarta, porque después seguro que se activarían todas las alarmas y él tendría que salir disparado.

TRANQUILO, TRANQUILO Y CONCENTRADO, QUE CASI METES LA PATA. Respiró hondo, volvió a guardar la bola y cogió en su lugar una barra holográfica no más grande que un lápiz; la depositó en el suelo, junto a la pared, y la encendió. Inmediatamente se abrió sobre el muro una pancarta de dos metros por dos metros con las palabras O TODOS O NINGUNO bailando sobre un fondo amarillo. Las letras, negras, robustas y tridimensionales, vibraban, entrechocaban y flotaban, acercándose y alejándose del espectador. Y lo mejor era que parecían sangrar; las palabras exudaban hilos de sangre que caían fuera de los límites del rectángulo amarillo y daban la impresión de ir formando un pegajoso charco sobre el suelo. Era un pedazo de pancarta impresionante, pensó con orgullo, aunque a él ese lema y todos los lemas parecidos, propios de los chuparreps y los progrillos y demás alborotadores atontados, le parecían una imbecilidad. ¿Qué era esa chorrada de «o todos o ninguno»? Pero si precisamente lo que él quería era tener lo que nadie tuviera. Quería ser el Máster de los Másteres.

Y algún día lo conseguiría. PORQUE-NO-SOY-IDIOTA.

Ahora sí. Cogió la pelota de tactyl y la depositó sobre la consola. De inmediato el artefacto volvió a hacer su magia tecnológica, se deformó y estiró y extendió por encima de todo el cuadrante, esta vez en una capa más fina porque el campo era ma-

yor. Cuando cubrió por completo la zona, la silicona se adhirió a la superficie como si alguien hubiera hecho un súbito vacío por debajo. Y al instante todo reventó.

Con un sonido parecido al descorche de una botella, pero multiplicado centenares de veces, las tapas inferiores de las urnas se abrieron al unísono. El fragor de la caída de los miles de litros de jarabe amarillento atronó en el almacén durante unos segundos. Era una sustancia más densa que el agua y se extendía en pastosas ondas por el piso. Y el olor, un punzante olor a medicina rancia. Alucinado y asqueado, vio avanzar el líquido hacia él. Todo volvía a estar en silencio, aunque seguro que los guardias llegarían enseguida. Levantó la cabeza y miró los tanques: algunos de los órganos habían caído al suelo, otros colgaban escorados de los cables dentro de las urnas vacías. Entonces, inesperadamente, el extraño ruido comenzó: era una especie de alarido casi subliminal, un chillido en la frontera de lo audible pero agudísimo, tala-drador, insoportable; el grito de agonía de los cerebros. Se tapó las orejas con las manos, aterrado, temiendo que le fuera a reventar la cabeza. Pero eso no fue lo que sucedió. Lo que pasó fue que, de pronto, las piernas dejaron de sostenerlo. Se habían convertido en madera, en piedra, estaban duras y pesadas, le dolían. Cayó de rodillas y después de bruces, desmadejado, sin poder protegerse, porque los brazos tampoco le respondían. La

cara le ardía y la cabeza parecía estar a punto de rompersele. Una parálisis aterradora, que era a la vez una rigidez y una hinchazón atroz, le iba ocupando las vísceras y el pecho, se le iba metiendo en las entrañas. Socorro, intentó decir, pero ya no movía la boca, ni las cuerdas vocales, ni los músculos respiratorios. Se asfixió antes de que se le parara el tenaz y esforzado corazón. Toda la agonía duró minuto y medio. El líquido viscoso le impregnó la ropa y sobre el cadáver caía, silenciosa, una pequeña e inacabable cascada de sangre holográfica.